

COSAS QUE NO SE OLVIDAN

Mañana de invierno, preparo el desayuno nada más despertarme. Caliento su chocolate caliente gavorito y grúo pan con azúcar. Cuando voy a su habitación, el ya está despierto, mirando por la ventana, sonriendo con calma.



-¡Buenos días! ¿Te apetece desayunar? - Le digo.

El me mira, aún perdido en sus pensamientos. Vuelve sus ojos a los míos. Espero que no me haya olvidado. El sonríe, supongo que aún no, todavía no...

-¿Vamos a la cocina? Te he preparado un chocolate... si no vamos ya, se nos va a quedar grúo - Le invito con voz suave. Poco después vamos a la cocina. Mientras desayunamos me doy cuenta del día que es, sábado, y como todos los sábados, Quique vendría a verle. Espero que a el no le haya olvidado.



Volvemos a la habitación tras el desayuno. Le pido que se sienta en el sillón mientras le hago la cama. Le ayudo a cambiarse y a ponerse ropa limpia como su camisa o sus pantalones gavoritos y aquel jersey de lana. Le echo un poco de

pergume de olor suave, mientras le digo que que hay puede que venga alguien a verle. Para pasar el rato, vamos a la sala de estar y jugamos a las cartas. A mitad de la partida, alguien toca el timbre. -¡Abuelo! - se escucha gritar a alguien tras la puerta. Era el. Abro la

puerta y dejó entrar a Quique. El niño sale corriendo a la estancia de su abuelo. Ellos dos se quedan un par de horas en el salón mientras yo hago la comida. Seguro que se lo están pasando genial, así que, por si acaso, preparo comida para tres.



Mañana de invierno, me levanté de la cama y me tomé el desayuno a toda velocidad porque ¡Hoy era sábado! ¡Iba a ver al abuelo! Subí a la habitación muy deprisa y me senté en mi escritorio a terminar el dibujo para el abuelo, me quedó genial, seguro que le iba a gustar...



Me puse ropa de invierno porque hacía mucho frío y antes de salir de casa, mamá me dijo que esperara hasta las 12 por lo menos para ir a casa del abuelo, ya que antes de esa hora, seguramente estaría dormido. Así que subí corriendo a mi habitación y cogí el reloj. Llegué a casa del abuelo y para hacer tiempo hasta la hora que me había dicho mamá, comencé a jugar con la nieve de su jardín. Hice un muñeco de

nieve super chulo y mientras le daba los últimos detalles, vi al abuelo por la ventana. Vi con entusiasmo que se había despertado y le saludé. Le vi sonreír por el cristal. Cuando iba a llamar al timbre, me di cuenta de que el dibujo se me había olvidado en casa. Tuve que volver corriendo a casa a por él. Cuando regresé a casa del abuelo, por fin llamé al timbre y no pude evitar gritar -¡Abuelo! Acto seguido la abuela me abrió la puerta y me abrazó. Corrí a donde estaba el abuelo, que me miraba con una sonrisa. Tras darle un abrazo de los míos le di el dibujo. Me quedé

esperando con impaciencia a que él me dijera algo así como, "¡Qué bonito!" o "¡Qué chulo!" como siempre solía hacer, sin embargo su reacción me dejó alucinado; Me cogió, me aupó, dijo mi nombre y me abrazó... Me abrazó fuerte, pero yo más. Yo pensaba que el abuelo no se acordaba tan siquiera de mi nombre, últimamente se le olvidaban muchas cosas... Pero me di cuenta de que el abuelo se acordaba de muchas más cosas, más de las que yo pensaba. Estuvimos horas y horas allí, yo le contaba cosas que conseguían arrancarle una sonrisa y acabamos jugando a las cartas. Mucho más tarde la abuela nos llamó para comer y estuvimos los tres juntos hasta pasada la tarde. Ojalá los sábados fueran eternos.



Mañana de invierno, se me había olvidado lo que era el frío, hasta este momento. Me levanto torpemente de mi cama. No sé qué hará hoy, ni qué pasará, dejé que el día me sorprenda como lleva haciendo estos últimos años. Me asomo a la ventana, hay un chico pequeñín jugando con la nieve en el jardín, se lo está pasando genial. De repente, el niño me mira con unos ojos grandes y me saluda con la mano. Le devuelvo el saludo con una sonrisa



por cortesía, no conocía a ese niño, pero me sonaba de algo... Pero de todas formas me había caído bien, parecía un buen chaval. De pronto, una mujer entra en mi habitación. No recuerdo su nombre, solo sé que siempre me ayuda y



no me deja solo. ¿Será la misma de todos los días? -

- ¡Buenos días! ¿Te apetece desayunar? - Me dice ella. No cabe duda, esa voz, es ella, definitivamente es ella, porque hay cosas que no se olvidan, como ese cariño. De repente un olorillo dulce entra en la habitación. ¡Qué bien huele!



- ¡Vamos a la cocina? Te he preparado un chocolate y si no vamos ya, se nos va a quedar guiso - Insiste ella.

Tras el desayuno volvemos a la habitación y ella me pide que me sienta en un sillón mientras me hace la cama. Después me

ayuda a cambiarme, me pone ropa limpia, planchada y calentita, para finalmente ponerme un poco de perfume.

- Hay puede que venga alguien a verte... - Me dice con una sonrisa. Eso me deja intrigado... ¿Quién podría

ser? Ambos fuimos a la sala de estar y jugamos a las cartas un buen rato. En medio de una interminable partida, alguien toca el timbre. - ¡Abuelos! se escucha

tras la puerita. Esa llamada, esa voz... Me suena de algo, me suena muchísimo... Ella abre la puerita

y deja que el niño entre descolgando las algombras sin ningún reparo. Cuando el niño llega donde estoy, me

abrazo tan fuerte que reconozco enseguida a ese niño que siempre está conmigo jugando y contándome

cosas... Y aunque no recuerdo su nombre, sé quién es él, porque hay cosas que no se olvidan, como esos

abrazos...



Una vez más, el niño me ha traído un dibujo. Tengo guardados los demás en el cajón de mi mesilla y los veo antes de irme a dormir, siempre que me acuerdo...

El niño interrumpe mis pensamientos desdoblado el dibujo y diciéndome:

- ¡Mira abuelo, este eres tú y este soy yo! . Miro con ilusión aquel dibujo lleno de cariño. Veo a un hombre y a un niño, ambos con una capa y entre ellos, un enorme corazón.

El niño me mira con esos ojos tan grandes y brillantes esperando mi reacción. Creo que no esperaba ni lo más mínimo que lo cogiera y lo aupara diciendo su nombre, y lo abrazara, porque el niño abre la boca sorprendido. Entonces le abrazo fuerte, él también me abraza y yo empiezo a llorar de alegría. Está claro que hay cosas que no se olvidan, como el amor.

